

En el poema se narra el deseo de libertad y de amor de una princesa que **vive en completa soledad en su lujoso palacio**. El autor, a través de la tristeza de la princesa, expresa su propia alienación en la sociedad moderna. También hace alusión a sus ganas de libertad, de alejarse del palacio y marcharse a países lejanos, ya que este se ha convertido en una cárcel para ella.

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

En la primera estrofa la soledad es expresada a través de un suspiro nostálgico que añora una felicidad perdida o futura. De hecho, el color rojo de los labios, señal de una vida que fluye, junto con el sabor a fresa, ha desaparecido de su boca.

Otro símbolo que indica soledad es la palidez del rostro de la princesa, en claro contraste con la silla de oro, símbolo a la vez de poder y de riqueza material. La soledad es dada también por la ausencia de música, ya que nadie toca el piano, al igual que una flor solitaria sin vigor en un vaso.

También en la segunda estrofa queda evidente el sentido de soledad: a pesar de estar rodeada por todo tipo de diversión y entretenimiento, la princesa no ríe y no siente nada.

La única solución en que puede pensar para romper el aislamiento es la fuga hacia un destino desconocido identificado con el Oriente, donde la princesa espera encontrar el amor mediante la unión con un príncipe o un rey de aquellas tierra lejanas.

En esta estrofa se retoma y se profundiza el tema de la fuga hacia un destino desconocido tratado en la estrofa anterior. La fuga le permitirá a la princesa salir del aislamiento en la que se encuentra.

La jaula representada por su castillo y que la condena a la soledad solo puede desaparecer por medio de un vuelo que la pueda llevar a un destino diferente y liberar del cautiverio al que está sometida.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebel que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera Hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

El vuelo puede darse solo con una transformación, de gusano a mariposa. Solo esta metamorfosis puede permitir el encuentro regenerador con un príncipe más hermoso que la primavera y más luminoso que el amanecer.

¡Calla, calla, princesa – dice el hada madrina – ;
en caballo, con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con un beso de amor!

Sin embargo, el hada madrina al final del poema anuncia a la princesa que la soledad de la que es víctima solo puede desvanecer gracias a la intervención de un príncipe, que volverá a dar el color a sus labios con un beso de amor.

(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 261)

Otras sugerencias:

- *La Regenta* (1885) – Leopoldo Alas “Clarín” (De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 234)
- *Romancero gitano* (1928) – Federico García Lorca (De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 328)